



## Jesús, modelo de sanación para todo profesional sanitario

Marta López Alonso

### I. INTRODUCCIÓN

Jesús históricamente curó y, al asumir una estrategia terapéutica que perseguía hacer emerger al ser humano sano, ha dotado de sentido ético la acción sanadora de la Iglesia.

En este tema, vamos a tratar de desarrollar algunas de las claves de comprensión de la acción sanadora de Jesús: el sentido de los milagros y la táctica con la que Jesús se adentra en el mundo del dolor. Desde ahí, propondremos las consecuencias éticas del modelo de salud que Jesús practicó, así como algunos de sus signos.

Jesús no desarrolla ningún discurso sobre la salud sino que a la luz del proyecto de Dios, donde el ser humano emerge como sano, se compromete en regenerar la salud tanto en los individuos como en la conciencia social: *pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo* (He 10,38). Es un hecho, atestiguado por los evangelios, que la presencia y la intervención de Jesús en la vida humana tiene un carácter saludable: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10). Estamos ante una sanación como experiencia integral de recuperación de la vida, afirmación de la propia dignidad, crecimiento de la confianza y la libertad, donde se experimenta la victoria frente al mal y el predominio de la vida sobre la amenaza de la muerte.

La actividad sanadora de Jesús, juzgada desde la *historicidad*, topa con una seria dificultad: la frecuente vaguedad en la descripción de la dolencia<sup>1</sup>. No se nos dice la patología precisa de cada caso, ni a causa de la enfermedad o incapacidad, ni su grado de gravedad o irreversibilidad. Ante los datos que tenemos, los creyentes afirmarán que Jesús realizó milagros de curación, mientras los agnósticos podrían pensar que las enfermedades en cuestión eran *psicosomáticas, sensibles a influencias como la hipnosis, el impacto de una fuerte personalidad o la autosugestión*.

---

<sup>1</sup> Cf. J. P. METER, *o. c.* (nota 1), 746.

Jesús une íntimamente la Buena Noticia y la curación de enfermos. La sanación y salvación que Dios despierta, están en íntima relación con las fuentes de energía curativas y la capacidad interna de regeneración del propio ser humano. El destello del Espíritu sobrepasa la totalidad de lo psicosomático y cura.

## II. ACCIÓN SANADORA DE JESÚS

### 1. Sentido de sus milagros

Nuestra perplejidad ante la actividad de Jesús como sanador es bastante explicable si tenemos en cuenta que nuestra forma de entender y vivir la salud y la enfermedad es muy diferente de la que tenían Jesús y sus contemporáneos.

En la actualidad, los relatos de sanación son iluminados desde los estudios de la *Antropología médica*, como subdisciplina de la antropología cultural. Abordar las sanaciones narradas desde la medicina occidental ha impedido acercarse al sentido original de los relatos y a la experiencia vital que les dio origen. La forma en que un individuo o grupo percibe la enfermedad y la salud están determinadas por la propia cultura, estableciéndose diferentes horizontes mentales de comprensión. Esta visión incluye no sólo la etiología de la enfermedad, sino también la forma de reaccionar frente a ella, los valores contenidos, las opciones terapéuticas disponibles y las instituciones mediadoras.

En el mundo de Jesús y de los primeros cristianos hay elementos de comprensión de la salud y de la enfermedad semejantes a las medicinas no occidentales; vamos a analizarlos brevemente:

- ✦ Los síntomas de la enfermedad se explican desde la convicción de que existe una interdependencia entre lo natural y lo sobrenatural, la sociedad y la persona. La explicación sobre el origen de la enfermedad y sus causas era muy distinta a la nuestra. Entonces se pensaba que el pecado o los espíritus malignos eran los causantes de la enfermedad. Para ellos la enfermedad no era sólo una patología física, sino que tenía dimensiones sociales y sobrenaturales. La enfermedad y la sanación eran percibidas entonces de una forma mucho más global. Esto nos exige abrir el horizonte de comprensión de la enfermedad para detectar todos los signos de ausencia de salud vinculados a cada uno de los planos mencionados que constituyen los núcleos de la acción terapéutica de Jesús. Este análisis excluye todo determinismo encubierto y está dispuesto a señalar las causas del exceso de mal, que en numerosas ocasiones poseen nombre y apellido.

- ✦ El que sana posee un conocimiento preciso de los roles del enfermo en la comunidad, y comparte con él los valores y las normas sociales.

- ✦ Era fundamental en el proceso de sanación la participación de los miembros de la familia extensa, los parientes y vecinos. La curación reclamaba la presencia de una comunidad sanada y sanadora.

A la luz de la *Antropología Médica*, cada curación debe ser mirada desde una triple perspectiva:

#### 1. El sector del sistema de salud en el que se sitúa la sanación realizada por Jesús

Es decir, analizar y profundizar el sistema sanitario desde el que Jesús actuó. Los sistemas sanitarios tienen normalmente tres sectores:

- a) el *popular*, formado por los círculos más cercanos al sujeto: familia y vecinos, desde él se define, se interpreta y se trata siempre la enfermedad;
- b) el *profesional*, formado por médicos e instituciones sanitarias, que en tiempos de

Jesús estaban mucho menos desarrolladas que entre nosotros, y se basaban en principios muy diferentes a los de la medicina profesional de hoy; y

c) el *étnico*, que aglutina una serie de medicinas alternativas y, sobre todo, a los sanadores populares. Éstos no se atenían a las prácticas de la medicina profesional, acercándose más a la medicina popular.

Las sanaciones de Jesús deben situarse en este tercer sector. Es conveniente conocer las estrategias terapéuticas que seguían entonces los sanadores populares y que también aparecen en las curaciones de Jesús: compartían la visión del mundo, de la salud y de la enfermedad —generalmente en términos religiosos— que tenían sus pacientes, aceptaban los síntomas que les presentaban, los trataban en público y, en general, no eran ajenos a la situación social del enfermo.

Jesús fue uno de los sanadores más representativos de Palestina en el s. I. Se entendió a sí mismo como mediador de la sanación que viene de Dios.

## 2. La comprensión de la enfermedad que revela el relato

Es preciso comprender las diversas formas de entender la enfermedad y la reacción frente a ella. Sólo así podremos entrar en el modelo explicativo de la enfermedad y la salud que tanto Jesús como sus destinatarios compartían. La enfermedad marcaba entonces negativamente a las personas mucho más que hoy. El hecho de estar enfermo, sobre todo de ciertas enfermedades (leprosos, ciegos...), tenía connotaciones muy negativas, y hacían del enfermo una persona estigmatizada que era marginada por la sociedad. La enfermedad era percibida y vivida como una forma de desviación, en medio de la cultura mediterránea regida por los valores del *honor* y la *vergüenza*. En este sentido, la enfermedad determina el estatus social del paciente y la sanación no se define en términos físicos sino sociales, como proceso de reintegración social. Ante estos elementos, si la enfermedad "marca" al sujeto, la ética de Jesús introduce un correctivo que purifica de prejuicios, con ello queda evidenciado que éstos —más que justificar la falta de salud— son un amplificador de su eco destructor.

## 3. La estrategia terapéutica seguida por Jesús

Una vez detectada la enfermedad se precisa una *estrategia* o procedimiento *terapéutico* para tratarla y llegar a la sanación. El *modelo cultural* de Jesús frente al *biomédico* tiene una estrategia diferente de intervención. No parece posible que haya sanación en el ser humano si ésta no penetra la cosmovisión cultural.

Para ser verdaderamente "estratégico" Jesús mira los diversos *niveles*: el *natural* (la enfermedad física), el *sobrenatural* (sólo Dios y la fe pueden sanar), el *personal* (la incapacidad de superar por sí mismo la situación) y el *social* (marginación y deshonor). Todos estos niveles nos remiten a la experiencia del hombre; así la sanación es interpretada como salvación total por la fe, que implica la sanación de la culpa, advertida o inadvertida, y la reintegración. Por tanto, *la estrategia terapéutica de Jesús era inclusiva*. Sin *inclusión* no hay sanación y, en este sentido, significa: reconciliación, apertura, flexibilidad de fronteras... etc.

Jesús muestra capacidad para eliminar y curar toda dolencia y enfermedad. Se solidariza con los oprimidos, tomando partido siempre por los débiles, criticados y marginados de los cánones establecidos. Las prostitutas, el samaritano, el centurión romano, el publicano, el ciego de nacimiento, el paralítico... Su solidaridad le traerá consecuencias que incidirán en Él como sufrimiento moral y psicológico: difamado, injuriado, criticado como amigo de malas compañías, acusado de subversivo, de hereje, de loco, de poseso. ¿Qué hizo y qué sentimientos despertó con sus palabras y acciones para suscitar estas críticas?

Jesús vive asumiendo la situación de aquellos a los que ha sido enviado. Su vida compartiendo la marginación de los marginados, la pobreza de los pobres, la exclusión de los excluidos, así como los efectos del pecado en los pecadores, debe señalarnos nuestro lugar como creyentes. En Jesús hay decisión y voluntad de curar, aun con el riesgo de ser excluido del sistema: "En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él para ver como eliminarle" (Mc 3,6). Parece que la acción sanadora conlleva un cierto grado de persecución que emerge del propio sistema, que tiende a cerrarse sobre sí mismo.

Contemplar a Jesús y su posición ante los hombres es una flecha indicativa de Dios, que va mostrando dónde está Dios y, por tanto, dónde debe situarse Él y sus seguidores. El dolor de los ofendidos y humillados es su causa, su destino y su hogar. Jesús sabe y muestra en su acción sanadora que no son las leyes lo que importa al Padre, sino que el hombre se convierta en la medida de toda acción. El hecho de que Jesús se les acerque y se deje tocar por ellos, o de que los cure de forma poco ortodoxa, era un atentado contra las normas de pureza que gobernaban la sociedad palestina del siglo primero. Jesús no tuvo inconveniente en transgredir estas normas, pues sólo así podía acercarse a los que estaban en situaciones más marginales.

La propia estructura literaria del milagro comprende tres elementos, que en su secreta lógica, nos dan noticia de cómo se acercan a Jesús quienes desean ser curados, de los gestos y medios que intervienen en la curación y de la reacción ante tales acciones<sup>2</sup>. Todos estos elementos carecen de neutralidad ética, por el contrario:

1. La presentación y petición de curación del enfermo nos plantea la necesidad de una ética responsable frente al otro.

2. El *gesto* de la curación y su resultado. Jesús actúa desde la *gestualidad*<sup>3</sup>. Con ella se acerca a los hombres y mujeres de su época. Jesús tocaba a los enfermos y son significativos los matices que nos aportan los distintos verbos empleados en el texto: *kratein*, agarrar, coger con la mano en Mc 5,41, al hacer referencia a la curación de la hija de Jairo, el joven epiléptico (Mc 9,27) y la suegra de Pedro (Mc 1,30). En otras ocasiones impone la manos, *epitithemai*, como gesto de bendición (Lc 13,13; Mc 8,23). Con los leprosos extiende las manos y los toca, *háptein*. Toda acción parece tener un talante gestual, en este sentido el gesto traduce y reconvierte las opciones éticas ocultas en el centro de su persona.

3. La impresión producida en los asistentes o testigos. En el marco de comprensión de los milagros, es importante apreciar la reacción de la gente ante la acción curativa. Sus adversarios y otros testigos de estos signos realizados por Él, no negaron el hecho de que hiciera tales cosas, sino que lo criticaron por realizar sus curaciones en sábado, por asignarse el poder de perdonar y dar a éste un valor sanador, por no observar la Ley de Moisés y por tocar a aquellos hombres que estaban en los extrarradios del mundo judío.

Por otro lado, los creyentes nos hemos escudado en la aureola mágica vinculada al mundo de los milagros, esquivando así nuestras responsabilidades frente a los múltiples y cambiantes aspectos de la salud de nuestros hermanos. Es un hecho que tampoco hay nada en estos materiales que podamos calificar de *mágico*<sup>4</sup>.

Las verdaderas curaciones y milagros de Jesús son, ante todo, *gestos de humanización evangélica*: de purificación humana, de liberación personal, de apertura a la fe. Son

<sup>2</sup> Cf. R. LATOURELLE, *Milagros de Jesús y teología del milagro*, Sígueme, Salamanca 1990, 269-270.

<sup>3</sup> Cf. J. A. PAGOLA, *La Palabra de Dios se hizo carne: El gesto sanador de Dios*: Labor Hospitalaria 31 (1999) 245.

<sup>4</sup> Cf. H. C. KEE, *o. c.* (nota 5), 118-119. 141-167.



signos que muestran que el dinamismo final del Reino tiende a la destrucción de la enfermedad y el dolor. Los milagros son *signos liberadores, signos contra la opresión*, signos de la presencia y cercanía del Reino y son signos poderosos de amor mesiánico, que suscita curación y fe. Los pobres que necesitaban salvación en sus innumerables males cotidianos fueron los que entendieron los milagros de Jesús. Por lo tanto, si no percibimos la salvación para los males cotidianos no tenemos vivencia de la experiencia de encarnación. Jesús lucha contra el mal integral, no quiere salvar almas sino sanar y salvar personas.

La importancia cristológica de los milagros radica en una dimensión fundamental de Jesús: *la misericordia*. No podemos dejar de analizar qué es lo que "obliga" a Jesús a curar. Más allá de su poder, los milagros muestran *su reacción al dolor de los pobres y débiles*. La misericordia es en Él virtud y principio de su quehacer ético, práctica fundamental. Se siente profundamente conmovido por el dolor ajeno, y la realidad del dolor externo es lo que penetra en lo más profundo de Jesús, toca su centro y le hace reaccionar desde lo más profundo de su yo.

Así, los milagros son signos poderosos que surgen del dolor ante el sufrimiento ajeno, en especial las mayorías pobres. El mundo bíblico nos coloca ante la experiencia amorosa que de manera natural brota como fruto de las entrañas. Dios nos ama en Jesús, primero porque somos sus hijos, luego por la vulnerabilidad de lo amado. La *misericordia* de Dios, lleva *in situ* dos aspectos que se expresan en los siguientes términos<sup>5</sup>:

1. La *ternura*, por el hijo gestado en las entrañas de Dios.
2. La *compasión* y la *conmoción* que libera de la indigencia, la debilidad, la enfermedad y el límite. En Jesús la *conmoción de las entrañas* (σπλγχνίζομαι) es el núcleo de su acción sanadora. El sufrimiento de la gente suscita en él la compasión y el amor. En Jesús sanar es su forma de amar y su amor sanador sabe a cercanía, tacto cariñoso, estimación del enfermo, respeto a su propia capacidad de sanación. Su amor que sana es gratuito.

A la luz de Jesús la misericordia es más que compasión por la desgracia, es ternura que nos rompe ante un hermano gestado en las mismas entrañas y vientre que nosotros. En Mc 1,41 descubrimos a un Jesús que "*enternecido y compadecido en sus entrañas*" extiende la mano para tocar. Recorre Galilea y cura de toda enfermedad (νόσος) y dolencia<sup>6</sup> (μαλακία), cura cada situación de soledad de la muchedumbre desamparada, cura, en definitiva, la carencia de Dios. El Reino viene a subvertir trayendo a Dios mismo como realidad sanadora. Jesús se expresa a sí mismo sanando, y revela su sentimiento ante la persona: "*Siento compasión de la gente...*" (Mt 15,32). Esta mirada despierta en el que sufre *esperanza de la liberación*, en presencia y en contra de algún poder opresor.

Los milagros acaban siendo confesión de fe en la persona misma de Jesús, Hijo de Dios. Parece que la fe es la condición exigida para el milagro y la que lo realiza: "*No temas; solamente ten fe*" (Cf. Mc 5,36). Ésta es *la aceptación y el hondo convencimiento de que Dios es bueno para con él y que su bondad ha de triunfar sobre el mal*. Esto implica conversión del ser humano y cambio radical en la comprensión de Dios. Aquí radica la Buena Noticia. Es preciso hacer el acto fundamental de fe en la bondad de Dios. Esta fe adquiere un poder eficaz, y él que así cree puede ser curado externamente porque está curado internamente. La fe auténtica que sana se opone de forma radical a la religión regida por el miedo y, por tanto, *enfermante*. Hay una religión y un

<sup>5</sup> *raham*, tierno-compasivo; *rahamim*, misericordia; *rhm*, compadecerse enternecerse; *rehem*, vientre regazo.

<sup>6</sup> Mt, 4,23-24; 9,35; 10,1; Lc 6,17-18.

moralismo enfermizo no permeable a la proclamación de fe en el Señor y en su amor curativo. La conversión al Dios de la vida encierra en sí una fuerza básica para crecer en vida auténtica, salud y armonía personal. La salud tiene que ver con un "*nacer de nuevo*" (Jn 3,3), con liberarnos de actitudes insanas y mecanismos destructores que anulan nuestra vida, reconocer los posibles errores del pasado y poseer las responsabilidades que nos lanzan al camino de la vida. La fe nos conduce de la defensa a la confianza, del miedo al amor, del aislamiento a la entrega, de la culpa y la autocondenación a la aceptación del perdón. Tanto la defensa como el miedo, el aislamiento y la auto-condenación son elementos presentes en la experiencia de carencia de salud integral, y en la medida en que la fe los redimensiona, ésta muestra su capacidad curativa. Así, la vida nueva es fuerza unificadora y orientadora hacia la salud integral. La vida de Dios, entendida como gracia sanadora regenera las fuerzas físicas, la riqueza emotiva, la actividad mental, la energía espiritual y la orientación de la vida personal. En este sentido, podemos decir con Jesús: "*Tu fe te ha sanado*" (Mc 10,52: Mt 9,22).

La fe nos hace acceder a una calidad de vida nueva, haciendo brotar en lo íntimo humano un manantial de vida saludable (Jn 4,14).

## 2. Elementos de la acción terapéutica de Jesús

Jesús se ve a sí mismo como médico de las almas (Mt 9,12; Mc 2,17; Lc 5,3) porque sabe que *no son los sanos sino los enfermos los que necesitan médico*. Es un médico singular: "*con cuyas heridas habéis sido sanados*" (1Pe 2,24). La potencia de "sanador-curador-médico" propia de Jesús se extendía y se sigue extendiendo desde la curación de los dolores físicos, a las dolencias morales y los pecados.

La terapia más propia de Jesús se centra en su irradiación personal de salud, sana desde sí mismo. Los relatos evangélicos narran como toda la gente procuraba tocarle, porque salía de Él una fuerza que sanaba a todos (Lc 6,19). Estamos ante la *dynamis* o fuerza sanadora que dimana de su persona, que nada tiene que ver con fuerzas mágicas, y que brota del Espíritu de Dios que lo habita. El poder de Jesús, está en relación con la *dynamis*, Jesús cura con el poder de Dios. La comunicación de salud no suplanta los esfuerzos terapéuticos médicos, dado que Jesús emplea los medios terapéuticos de su época.

En primer lugar adopta una postura de servicio y disponibilidad: *¿Qué quieres que yo te haga?* (Mc 10,51). *Afirma también el deseo de salud del enfermo: "Si quieres, puedes limpiarme... Quiero quedá limpio"* (Mc 1,41). Todo lo hace en actitud esperanzadora: "*Si algo puedes, ayúdanos... ¿Qué es eso de si puedes! ¿Todo es posible para quien cree!*" (Mc 9,23). Además, Jesús enseña a cada hombre a poner en activo su propio potencial sanador, parece que depende del ser humano el querer curarse: "*¿Quieres curarte?*" (Jn 5,6). *Jesús alimenta su relación sanadora en el mismo Dios, asociando su obra a la obra recreadora del Padre. Jesús trabaja sanando, porque el Padre trabaja siempre sanando, en un acto de recreación continua* (Jn 5,17).

## III. CONSECUENCIAS ÉTICAS DEL MODELO DE SALUD PROPUESTO POR JESÚS

Jesús en su acción terapéutica, promueve un *modelo de salud*. Sin duda, más que los recursos externos, nos interesa la calidad de la relación sanadora que establece con las personas y las consecuencias éticas que provoca. Jesús generó salud y se tomó en serio la tarea de sanar como tarea propia de Reino.

### 1. Jesús busca la salud integral y radical

Más allá de la mejoría física busca hacer emerger un ser humano más sano desde sus

raíces, desde el corazón de la persona, centro y fuente de las decisiones. Jesús permite ante todo que la persona sana, hombre y mujer, despunten. Esta es su prioridad y no permite que sea socavada por otros intereses. Jesús se interesa y con ello cuestiona nuestra indiferencia ante la salud como proceso de crecimiento de la persona. Permitir que el hombre sano emerja debe llevarnos a afrontar personal e institucionalmente su confrontación. La curación del ciego de nacimiento (Jn 9,27) nos muestra como las autoridades no soportaron la salud que arrojaba su nueva realidad. El ser humano sano en el plano físico, social y religioso es un sueño que las instituciones deben estar dispuestas a soportar.

Cuando la fuerza de Dios, su *dynamis*, atraviesa el sujeto, sus efectos alcanzan a lo personal, transforman lo social y purifican lo religioso trascendente.

La salud pide vivir desde la verdad. No hablamos de un camino de perfección fariseo sino de un camino hecho de heridas curadas asentado en la autenticidad. Arriesgarse a sanar al ser humano es arriesgarse a ponerlo en pie, autónomo y encaminado a la búsqueda de su verdad y felicidad. Es alzar la cabeza que camina encorvada y comprometemos responsablemente a bajar a las profundidades de lo humano para tratar de adquirir la *inteligencia del cuerpo*, así como aliamos con nuestra psicología y mundo de emociones para tratar de desarrollar cierto grado de *inteligencia emocional*.

Ser sanados tiene grandes "cargas", pero se trata de una "*carga ligera*" (Mt 11,29) de una responsabilidad asumida proporcional a lo entregado. Consideramos sanados nos lleva a implicarnos en el cambio personal y de los hermanos. La salud integral tiene la "carga" de la madurez y la responsabilidad en la propia vida y el propio proceso. Conlleva un esfuerzo sorprenderte por liberarnos de las ataduras que llevamos ancladas y tejidas en los valles de nuestra psicología o de nuestras creencias religiosas y culturales. Si el poder sanador de Dios ha pasado por nuestra vida a través de múltiples medios, no es ético seguir ligados a esquemas patológicos e insalubres.

Jesús hace crecer de forma integral la vida sin seccionarla. Él se decide a devolver a los hombres la salud en su cuerpo, en sus emociones, en sus proyectos, en sus relaciones. Esto implica superar las negatividades ancladas en cada una de estas esferas y supone inundar de luz los esquemas de formación de la conciencia, personales, religiosos o culturales que bajo apariencia de bien, esconden e hipostasian concepciones cargadas de intereses.

## **2. Potencia la salud liberadora y responsable**

Jesús rompe la esclavitud del mal, desplegando el potencial humano y enderezando los encorvamientos: "*Mujer quedas libre de tu enfermedad*" (Lc 13,12). Lejos de la culpabilización, no podemos eliminar de manera absoluta la responsabilidad frente a la propia salud. Es una llamada a evitar las actitudes patógenas. Asumir este compromiso con la propia vida, genera libertad.

Jesús potencia libertad y sana al hombre porque: "*Dios no hizo la muerte. Ni se goza en la perdición de los vivos*" (Sb 1,13). Jesús libera en su paso haciendo el bien: libera a ricos seducidos por sus riquezas, dependientes de sus propiedades y prestigio social (Lc 19,110), libera a prostitutas, encadenadas a su cuerpo y a la degradación social, restaurando su deshonor, libera afirmando a las mujeres, niños y extranjeros, libera perdonando a los pecadores y dando vida a los que parecen estar ya envueltos por la muerte. Los milagros se convierten en *respuesta* a las realidades complejas que conllevan sufrimiento, leído en clave de enfermedad, sinsentido y exclusión, y reclaman recreación por parte de Dios.

### 3. Genera salud *reconciliadora*

La enfermedad y el sufrimiento tienen mucho que ver con la fragmentación, la dispersión y la división. Ser sanado por Cristo encierra armonía, unificación interior y reconciliación con la vida, con lo que se es y se ha sido: "*vete en paz y queda curada*" (Mc 5,34).

El perdón aparece como *elemento terapéutico* de una praxis de regeneración que busca que el hombre viva a pesar del pecado y cuyo primer supuesto terapéutico es la misericordia. El valor terapéutico y reconciliador del perdón puede ser central para restablecer las fracturas de la relación del ser humano consigo mismo, con los otros, con la naturaleza y con Dios. La experiencia de *sentirse perdonado, nos lanza más allá* de la situación vivida. Es, por tanto, un elemento previo a la sanación.

Es preciso mirar algunos textos del NT para ver que el perdón reconciliador de Dios es necesario para que se vivencie y se reconozca la curación. El paralítico toma su camilla y camina curado como signo del perdón de los pecados (Lc 5,19-26); a su vez, el perdón de los pecados conduce a la recuperación de la salud y salvación, tal es el caso de Zaqueo (Lc 19,1-10). La reconciliación es un don del Espíritu que produce armonía y paz.

Hay muchos enfermos que sufren con sentimientos de culpabilidad, considerándose causantes de su situación o viendo ésta como castigo. En este sentido, el perdón habla de un Dios que nos acepta en todos nuestros caminos (Lc 15,11-31). La reconciliación contribuye a disminuir el sufrimiento y potenciar la salud en la doble dimensión de lo personal y lo estructural tal y como Jesús lo hizo.

Si bien, no hay nexo causal entre pecado y ausencia de salud, la lucidez de tal situación implica reconciliarse con el pecado del pasado y del presente, para alcanzar una armonía y equilibrio saludables que el pecado rompe. El ser humano que se niega a perdonar y a ser perdonado impide el establecimiento de relaciones sanas con sus hermanos *y se daña a sí mismo*. La reconciliación participa del proceso de humanización del hombre permitiéndole ser hombre nuevo. Pero requiere de una *dinámica terapéutica*<sup>7</sup>, anclada en el estilo terapéutico de Jesús de Nazaret a quien podemos llamar *terapeuta del perdón*, quien con su perdón activo desencadena el proceso de conversión, moviliza todos los ámbitos de la persona, reestructura el universo relacional y abre la interioridad a la alteridad.

## IV. SIGNOS DE SALUD ÉTICA

### 1. Capacidad epicéntrica

El ser humano no camina con la verdad encontrada y poseída. Para que el universo ético se despierte es preciso que el ser humano se sienta conmocionado por la realidad. Solemos movernos en el estatismo ético, cuando lo ético es tan profundamente dinámico. Es un signo de enfermedad ética el inmovilismo así como la falta de apertura a realidades nuevas.

Así mismo tenemos tendencia a delegar nuestra capacidad de generar movimiento como transformación. La norma en numerosas ocasiones decide por nosotros y el mero cumplimiento de ésta es, en muchas ocasiones, lo que determina la medida de lo moral.

La ética que busca la salud integral, y que se deriva de ella a su vez, es una *ética epicéntrica*. Cuando la tierra se ve sacudida por un seísmo y se localiza el epicentro,

<sup>7</sup> Cf. M. RUBIO, *La fuerza regeneradora del perdón*, Perpetuo Socorro, Madrid 1987, 38-41.



éste sólo muestra el movimiento interno de la tierra, epifanía de los temblores de la profundidad. En este sentido, la ética cristiana no puede ahorrarse los dos momentos, temblor y manifestación, que en Jesús fueron conmoción y manifestación de la *dynamis* en su paso sanador. El movimiento ético ha de surgir de la raíz del sujeto, conmocionado, convulsionado y tambaleado y manifestarse en la periferia de sus actos. De lo personal humano, que de forma circular interacciona con el cuerpo, es posible que broten otros movimientos hacia el plano social y el trascendente. Elías pudo escuchar la brisa de Dios (1Re 19,11-12) porque previamente experimento la fuerza del temblor. Son los movimientos de "nuestras tierras" los que permiten a Dios pasar y abrir camino.

## 2. Capacidad de riesgo

"Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas" (Mt 14,28). Si eres tú... Cuando nos lanzamos a actuar nunca llevamos el cien por cien de seguridades. Fiados en lo que consideramos los valores del Reino, podemos caminar sobre el mar del caos. Parece posible poder mantenerse con pocas seguridades, si eres tú, ¿eres tú?... La incertidumbre acompaña el quehacer ético del creyente y es un signo de salud aprender a convivir con la ausencia de certezas.

La persona de Jesús invita al camino "¡ven!", pero no parece ahorrarnos la pregunta por su lugar e identidad. Encaminarnos al Reino no parece ir unido a nitidez sino a la pregunta y al esfuerzo por ajustar la mirada. Un mirada saludable no prescinde de la duda, estamos ante un camino abierto sin perder conciencia de ir sobre las aguas.

## 3. Amar y ser fiel a las prioridades: "el sábado para la mujer y el hombre"

Normalmente todo en nuestro mundo parece justificable. Se inventan razones para bombardear un país, los gobiernos esbozan razones para excluir a los más pobres de sus políticas, la Iglesia argumenta para mantener a la mujer apartada del poder... Detrás aparece la pregunta ética: ¿a quién servís? Un signo de salud es poner nombre a las prioridades por las que optamos y sus medios así como sus costes. Jesús en su afán saludable tuvo claro que daba sin límites preferencia a la mujer y al hombre.

Es evidente que nuestras prioridades no coinciden en numerosas ocasiones con las del Reino. Hay situaciones en las que las cegueras, las cojeras y las parálisis de nuestros hermanos no nos interesan. En el Evangelio hay una *ética de las prioridades*. Jesús puso como prioritario lo que amaba y a nosotros puede que, tras un esfuerzo coherente y sincero por nombrar nuestro proyecto axiológico, nos sorprendan nuestros "amores": el poder, la economía, la comodidad, el culto, el patriarcado... etc.

No está el reto en vivir para cuidarnos la salud, sino, cuidar la salud y evitar el sufrimiento que su carencia genera, para vivir más humanamente. En este sentido, *lo primero es el Reino de Dios y su justicia* (Mt 6,31-33), pero el carácter saludable del Reino coloca a la mujer y al hombre sanados en su centro. Ante este imperativo el hombre puede perder la vida y la salud por el Evangelio (Mc 8,35), tal como Jesús lo hizo (Jn 10,17-18), pero para entregar la vida primero es preciso poseerla.

## 4. Tener conciencia del abismo entre la teoría y la práctica ética

Jesús nos ha dejado un patrimonio de palabra cargada de sentido, "Effatá... ¡Ábrete!" (Mc 7,34); " `Talitá kum' `Muchacha, a ti te digo, levántate" (Mc 5,41) palabras liberadoras y contundentes. Sería interesante confrontar la veracidad de nuestros mensajes. A menudo, nuestras exposiciones éticas están cargadas de palabras, enunciados teóricos sin plasmación práctica: libertad, dignidad... Jesús no elaboró un discurso sino que lo narró con sus gestos.

Jesús asume la contundencia de sus palabras y su compromiso con quienes experimentan su poder. Él se hizo creíble y si nosotros no lo somos como creyentes para el mundo, es quizás porque las personas que se cruzan en nuestros caminos, al caer de la tarde, no experimentan el poder liberador de nuestras palabras.

## V. CONCLUSIÓN

La experiencia de salud va ligada a la comprensión e implantación del Reino. La vida saludable pide no sólo salud física sino permeabilidad emocional, resistencia personal y coherencia social.

La *dynamis* de Jesús tiene un gran poder liberador. Él en su predicación del Reino asumió una estrategia terapéutica que buscaba hacer emerger al ser humano sano. No predicó salud sino que generó salud de forma arriesgada, transformando la vulnerabilidad en posibilidad y llevando a cambios de actitud futuros y formas de vida diferentes: "*recobró la vista y le seguía por el camino*" (Mc 10,52). Cuando la persona queda afectada por nuevas posibilidades de estar en el mundo, sin duda esto genera movimientos éticos visibles.

No podemos relegar los milagros a hechos históricos de la vida de Jesús sin trascendencia ética. No parece que podamos mirar sus milagros sin sentir una provocación y un desajuste. La promesa de presencia garantiza la voluntad de Dios de entregarnos su fuerza sanadora, nuestra promesa de fidelidad debe comprometernos en el intento de hacer brotar el ser humano sano.

### CUESTIONARIO PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y DE GRUPO

- ◆ ¿Conocemos, sentimos y entendemos en qué consistió la actitud sanante de Jesús?
- ◆ ¿Nos reconocemos como portadores de su poder sanante?
- ◆ ¿Cómo profesionales de la salud vemos en los pacientes que sufren su potencial y capacidad interna de regeneración?
- ◆ ¿Qué llamadas nos hacen los diversos elementos que aparecen en la comprensión de la vivencia de salud y enfermedad de la Palestina del s. I?
- ◆ ¿Qué dimensiones de la persona ha ahogado nuestro modelo biomédico?
- ◆ Según la estructura de los relatos de milagros: ¿presentamos a Jesús la situación de los enfermos? ¿se los llevamos? ¿los acercamos y ponemos ante su persona?
- ◆ En nuestra relación terapéutica: ¿ocupa el gesto algún lugar? ¿qué lugar ocupa nuestra mirada? ¿nuestras manos? ¿tocamos y nos dejamos tocar como forma de comunicación sanante y comunicadora de presencia?
- ◆ ¿Nos sentimos como Jesús mediador del sí de Dios, de su gracia sanante, de su voluntad de erradicar o mitigar el dolor y el sufrimiento del mundo?

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR MARTA LÓPEZ ALONSO EN LAS XVII JORNADAS NACIONALES DE PROSAC. GÉVORA – BADAJOZ (2011)

CON PERMISO DE LA AUTORA Y DE LA DIRECCIÓN DE LA REVISTA MORALIA OFRECEMOS EL TEXTO, QUE FUE PUBLICADO EN LA MISMA, N. 100 (2003) 417-438  
(ASPECTOS ÉTICOS DE LA ACCIÓN SANADORA DE JESÚS)